

El kilómetro 3 500



TEXTO: Ángel Badillo Almanzo y Omar Mejía Mendizábal, estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Beca de movilidad académica UNAM-Global por mérito académico

FOTOGRAFÍAS: Ángel Badillo Almanzo y Omar Mejía Mendizábal

ATELIER MOBILE: México: Ángel Badillo / Omar Mejía, Argentina: Joaquín Barrandeguy / Andrés Brachetta / Cristian Casá / León Carpmán

El viaje comenzó en ellos mismos, al llegar a Francia. Llevaban casi tres meses de recorrido. Nos referimos a seis estudiantes latinoamericanos, y por recorrido queremos decir vivencias, experiencias pasadas allí. El 9 de noviembre se encaminarían en una *camper* sin rumbo. Entonces comenzaron a barajar nombres: Le Corbusier, Zumthor, Ando, etcétera, pero paulatinamente uno comenzaba a tomar más fuerza: era el suizo y ticinense Mario Botta, quien con sus casi 70 años había accedido a una entrevista. El miércoles 14, luego de atravesar cuatro países ese mismo día, a las 17 horas se encontraron en su estudio de Mendrisio. La secretaria los recibió un poco asombrada de que realmente hubieran viajado tanto para verlo; de a poco, Mario, entre papeles, les dice “en un momento voy”. Ellos esperan sentados –en sillas diseñadas por él. No dejan de asombrarse de este viaje, que kilómetro a kilómetro los sigue sorprendiendo con cosas nuevas



Actualmente el mundo está reduciendo su tamaño, premisa que no es precisamente positiva, puesto que las exigencias de competitividad han dejado de ser locales; involuntariamente, las generaciones actuales están obligadas a afrontar desafíos de carácter global. Hacia donde dirijamos la mirada existen, para estar mejor calificado, becas de intercambio académico, programas de posgrado, acuerdos de doble y triple titulación, estancias y diplomados de idiomas que permitirán garantizar la vigencia profesional de las personas.

Estudiar, viajar o residir en el extranjero ya no es una novedad, entonces ¿cómo utilizar con originalidad las herramientas de la experiencia? Debido a la naturaleza profesional del arquitecto, es esencial develar los aspectos que lo formaron englobando las tres escalas: objeto, autor y contexto.

En esta relación tripartita normalmente se tiene contacto directo con dos de los tres componentes: el objeto y el contexto, o se visita una ciudad o se visita un objeto arquitectónico; el autor permanece oculto en la mayoría de los casos. No obstante, los itinerarios están llenos de sorpresas y la realidad supera las expectativas, con un poco de suerte.

Nuestra motivación fue el morbo. El morbo por su vida, por sus inclinaciones políticas –sus roces con el fascismo– y por su narcisismo extremo que lo acompañó hasta el final de su vida; y, claro, por su genialidad. El protocolo de viaje fue humanizar el objeto, dejar de lado las obras y buscar entender al hombre –sin atender al cliché intrínseco en la frase.

Se puede hablar del kilometraje recorrido, del tiempo o el costo del viaje, pero estaríamos glorificando nimiedades: la descripción de un suceso debe restar importancia a lo cuantificable. Dentro de la aventura debe existir un poco de raciocinio. Si descartábamos encuentros fantásticos y nos ateníamos a las oportunidades, era imposible encontrar respuesta directa del autor, pues Charles-Édouard Jeanneret había ya concluido su tiempo vital aquel día en Cap Martin.

De ahí que dirigiéramos nuestra atención al legado que existía; sin embargo, el pragmatismo en el que se posiciona nuestra generación de profesionales nos interrogaba, ¿qué podría ser suficientemente significativo? ¿Museos?, ¿edificios?, ¿lugares?, ¿personas? Cuando comenzamos a sopesar opciones, caímos en la cuenta de que podríamos acercarnos al alumno y al final encontrar indirectamente lo que buscábamos.

Restamos un poco de snob a la travesía; elegimos una herramienta que beneficiara la interacción y saturara nuestros sentidos. Así decidimos desplazarnos junto con el espacio de reflexión que adoptaríamos por los días sucesivos. La sensación más enriquecedora, irónicamente, fue el estado efímero de arraigo en el que nos encontrábamos, el cual nos ofreció adquisición, reflexión y, sobre todo, proposición.

Cuando la *camper* superaba la mitad del trayecto, habíamos visto ya algunos rostros familiares y muchos más ajenos. Después de las jornadas de preámbulo aceptamos que el grado de preparación que buscábamos nunca iba a llegar, pues en realidad no era necesario, simplemente nos esperaba una lección más. Así fue como entramos a aquella plaza en Lugano.





Atelier Mobile: Hablando de la evolución de su arquitectura, en los años setenta usted realizó más edificios habitacionales en una escala pequeña, comparada con la obra que llegó con el desarrollo de la arquitectura en los años ochenta, lo cual involucró mayor escala para sus proyectos. ¿Cuál de las dos situaciones satisface mejor sus intereses?

Mario Botta: Uno disfruta todo, yo amo todo, pero si tengo que hacer una casa no es hacer aquello que quiero sino aquello que me piden. Si me piden una casa no puedo hacer un hospital (ríe)... Uno busca todo el tiempo tomar lo mejor. Si me piden una casa busco hacerla mejor, y si me piden un banco, lo mismo. No hay una cadena lógica, cada tema es un terreno diferente, en cada caso, uno ya ha imaginado un sitio diferente, un cliente diferente, un dinero diferente.

No son temas, ni los grandes proyectos ni los pequeños, sino que uno los hace todos con mucho interés, pero se debe entrar a cada tema para ver o decir alguna cosa. Son, no sé, una centena de obras, y yo trato de hacer lo mejor para todos. No puede hacerse una confrontación, hice proyectos grandes porque me demandaban cosas grandes. No soy yo quien elegí hacerlos, ustedes comprenden. El arquitecto no es quien elige, es el cliente. Es él quien te dice, vas a hacer una casa o vas a hacer una escuela.

AM: Tomando en cuenta que la etapa de instrucción es crítica en un arquitecto, gracias a su cualidad de mentor de diseño en la facultad de Mendrisio, ¿cuál es su postura respecto a las herramientas con las que se cuenta actualmente? ¿En realidad ha evolucionado la pedagogía arquitectónica?

MB: Como todos los elementos de la vida, la escuela es el espejo de la sociedad. No hay una evolución, sino que cada vez hay una nueva manera de afrontar los problemas. Hoy hay problemas que no existían cuando yo era estudiante: todos los problemas ecológicos, de recursos energéticos, no estaban presentes. Ahora se han vuelto urgentes.

Uno busca que la escuela sea como una antena capaz de interpretar las necesidades de la sociedad de hoy. Ese es el rol también de los arquitectos, interpretar... ¿Qué es lo importante? ¿Es importante hacer un objeto extraño al tejido? o es más importante construir, partir los espacios de la ciudad.

AM: Nuestra condición de estudiantes nos ha conducido a Mendrisio, buscando fortalecer nuestra postura arquitectónica a través de la suya. Con estos fines didácticos, ¿podríamos hablar de sus mentores?

MB: Sí, evidentemente. Yo he tenido la suerte de encontrar tres grandes maestros: Le Corbusier, Louis I. Kahn y Carlo Scarpa. De los tres yo intenté tomar lo mejor que me pudieron dar. Evidentemente cada uno tenía su manera, y su tiempo histórico. Yo creo que todos nosotros tenemos necesidad de un maestro. Si yo hubiera nacido en tiempos de Borromini probablemente hubiera sido Borromini. Yo nací en los años cuarenta y tomé maestros de ese período.

AM: Sabemos que la arquitectura es una profesión global e inclusiva. ¿Qué opinión guarda ante la obra de otros arquitectos, ante otros territorios o ante otras ramas del arte?

MB: Cada uno de nosotros tiene su forma. Yo hace cincuenta años que trabajo, así que ya tengo un mundo, un lenguaje, un vocabulario que utilizo; yo busco cada vez responder a las necesidades del cliente. Esta mañana estaba una persona de China, porque voy a trabajar allí, y es otro contexto. Uno hace siempre lo mismo, pero en otro sentido uno trabaja de manera diferente, ya que China es otro territorio, otra luz, otros materiales y otro clima. Pero no es que yo mire eso, sino que la arquitectura tiene su manera de expresarse, pero sobre todo encuentra su razón de ser en el sitio, que es siempre único. Uno no puede tomar una arquitectura y desplazarla: es otra arquitectura, porque cambia el punto de vista, cambia el sol. Por lo tanto, la arquitectura es una cosa que se conecta profundamente con la tierra. Cada uno de



nosotros tiene también su lenguaje, pero el lenguaje de la arquitectura es como decir el lenguaje de la piedra. Picasso es una cosa, Malevich es otra cosa, Chelín es también otra. Hay muchas formas de expresión. Lo importante para la arquitectura es que llegue a expresar no solamente los elementos técnicos y funcionales, sino también ser capaz de dar emoción para los ciudadanos que la viven.

AM: Recordamos una publicación suya que describe a la arquitectura como la expresión de muchos otros testimonios del arte. ¿Qué virtudes posee la arquitectura ante estas diversas expresiones?

MB: No es que sea la más importante, sino la más completa. La pintura trabaja sobre su forma de expresión y su *performance*. Pero la arquitectura es más compleja, porque responde a las necesidades del hombre: una casa, una iglesia, una escuela, y uno debe responder a estas instituciones humanas; por otro lado, está inevitablemente también la expresión de su tiempo histórico. Uno ve las arquitecturas y dice, "ah, ésta es de los años ochenta, y ésta otra de los setenta, eso es de la Edad Media"; la arquitectura es también la forma de expresión más fuerte como termómetro, como espejo de su época. Entonces vemos que es una cosa compleja, porque nunca es algo personal, sino que es siempre una actividad social y colectiva. Un arquitecto no trabaja para sí mismo, sino para responder a las necesidades de la colectividad.

AM: Después de las últimas décadas del siglo xx la arquitectura ha mutado rápidamente; en consecuencia ha mantenido un lenguaje por poco tiempo, mientras que la suya presenta una aparente solidez y ha mantenido el mismo significado. ¿Hasta qué punto se busca el sello personal y cuándo éste pierde importancia?

MB: No es que yo lo haya elegido, naturalmente, sino que creo formas simples, puras, no para mí mismo, sino para que a los ciudadanos les sean más fáciles de leer, más fáciles de vivir, yo encuentro el triunfo en el gozo de vivir, en el interior de los elementos que son simples de

reconocer, más que en aquellos que se mezclan en el espacio, en los que entras como en un laberinto, como en un supermercado, donde uno debe ir arriba o abajo y no entiendes nada. En cambio, si entras a Chartres, aun en medio de la complejidad, entiendes todo. Yo pienso que comprender el espacio de vida que liga todo es un valor del habitar. Yo busco las formas simples para responder a esta necesidad de orientarse al interior del espacio.

AM: Después de cierta trayectoria profesional, las incertidumbres desaparecen y una asertividad proyectual se forma. Ahora, después de años, ¿cómo se genera el proyecto?

MB: Sí, ese es el oficio o problema de cada proyecto. El primer acto es leer el contexto, observarlo. La lectura crítica del contexto es el primer acto del proyecto. Hace falta leer qué se presenta alrededor, como las alturas, la geografía, la naturaleza, la orografía, y suponernos el problema de en qué se va a convertir el proyecto: un elemento de diálogo, un elemento de contraste o un elemento de contradicción.

Yo pienso que las formas geométricas son propias del hombre y las formas de la orografía, orgánicas, son propias de la naturaleza. Pienso en ese contraste, amo ese contraste y quiero que ese paisaje sea señalado por una cruz o por un puente; estos dos elementos son signos del hombre que entran en diálogo con los elementos de la naturaleza que está alrededor. Así vemos el diálogo entre estos elementos. Yo busco ese contraste.

AM: La forma de pensar la arquitectura ha evolucionado tan rápido como el ser humano, sin embargo no podemos hablar de elementos solamente benéficos. ¿Qué piensa de los nuevos procesos y de las tecnologías que han adquirido un poder importante al pensar un nuevo proyecto?

MB: La tecnología es un instrumento. No creo en la retórica de la tecnología. El ladrillo es también un instrumento aún hoy utilizable. Uno lo coloca con la mano, uno, luego otro... es un instrumento.

Lo puedes utilizar bien o mal, como instrumento. No está bien o mal en sí mismo. Y también el *hi-tech* se puede utilizar bien o mal.

Yo creo que la arquitectura parte de una necesidad primaria del hombre, muy simple, la necesidad de protegerse y de dialogar con los elementos de la naturaleza. Cada uno utiliza lo que puede. Yo utilizo materiales naturales si puedo y las formas simples. Nada más. Y cada vez es necesario responder a eso.

AM: A lo largo del proceso evolutivo han existido agentes de cambio imprescindibles, la Revolución industrial, por ejemplo significó un gran catalizador arquitectónico. Ahora es la globalización el tema en cuestión. ¿Cómo evitar que devenga un obstáculo? ¿A dónde va la arquitectura? Hemos hablado también del caso de América Latina...

MB: La globalización es una gran ventaja. Uno tiene computadora, celular, teléfono, y habla en un momento con el mundo entero. Es un elemento positivo. Pero hay que tener atención porque está el riesgo de homologar, homogeneizar, en gran manera el problema. Por el contrario, un sitio tiene un determinado problema, en Italia hay una cosa, en Bordeaux otra...

AM: Ahora quisiéramos acercarnos un poco a su criterio personal hablando de la arquitectura actual, en particular su postura ante el caso de América Latina, pues para nosotros ha sido motivo de reflexión en diversas ocasiones estando lejos de casa...

MB: Yo no conozco mucho ahora, he conocido antes, en los años ochenta y noventa. Hace muchos años que no he ido ahí. Me parece que hay una presión de urbanización muy fuerte. El problema es siempre la ciudad que va a sufrir esta presión. Pero estoy consciente de que este comentario será general, seguramente Chile es diferente a México. Entonces, ¿adónde va la arquitectura?, va mal porque deviene en un objeto que está engañando su naturaleza en vez de ser parte de una ciudad. Cada vez más se hacen objetos autorreferenciados, separados del tejido urbano, y eso lo encuentro muy grave porque la naturaleza de un proyecto es devenir un tejido. Si uno hace solamente objetos llamativos, quedan como objetos, y entonces todo el resto de la ciudad es periférico.

Pasado el delirio, la incertidumbre, la exaltación y el terror, recorrimos un poco más, mientras discrepábamos sobre el desenlace. Basados en que las personas siempre pueden decidir cómo terminar, no encontramos mejor forma para despedirnos de este laboratorio personal que asistiendo al punto donde decidiera perder su vida el responsable del inicio de toda la travesía. Así fue como advertimos el significativo final del día escuchando las rocas que eran golpeadas por las aguas de Cap Martin.

